

Otro modo de ser Rosario Castellanos

Luz FERNÁNDEZ DE ALBA
Universidad Nacional Autónoma de México

Es innegable que a lo largo de su vida Rosario Castellanos estuvo siempre buscando otro modo de ser. Un modo de ser que, sin chocar abiertamente con la sociedad, le permitiera ser mujer y ser libre al mismo tiempo. Se sabe que en la época en la que le tocó vivir no era común encontrar mujeres en la ciudad de México que desearan ser de otro modo, pero Rosario estaba convencida de que forzosamente tendría que existir otra manera de ser mujer —otra manera de encajar en la sociedad sin ser rechazada—, y de que ella la encontraría. Esta búsqueda incesante se reflejó en su escritura y llegó a ser el *leitmotiv* de toda su obra, tanto poética como narrativa y ensayística. El humor y la ironía son los recursos que más frecuentemente usó en su literatura —y en su vida— para acercarse a ese otro modo de ser que buscaba.

En 1944, cuando había ya terminado la preparatoria, se fue de vacaciones a Chiapas y, según Dolores Castro, su mejor amiga de entonces y de siempre, regresó muy cambiada. Rosario Castellanos no sólo se había enchinado el pelo y rizado las pestañas, sino que había descubierto una importante arma blanca para defenderse del mundo hostil que la rodeaba: la ironía.

En Comitán —añadió Dolores Castro en una lectura pública—¹ todos se ríen de todos y ése era también el humor que tenía la madre de Rosario, sin embargo, mi amiga era tímida, seria y poco sociable. Le gustaba aislarse para escribir cartas.

Parece entonces que, por fin, en ese viaje a Chiapas —donde había vivido sus primeros dieciséis años— Rosario se dio cuenta de que, mediante el humor, aquello que la molestaba o lo molesto en general, podía convertirse en ridículo. Empezó desde entonces a usar la ironía para situar, en su justa dimensión, los problemas de la vida diaria. Ni ahogarse en un vaso de agua ni dejar que se la llevara una ola.

Al igual que escritores muy dotados e inteligentes como Voltaire, Ambrose Bierce, o Mark Twain, y Sergio Pitó, Jorge Ibarguengoitia o Augusto Monterroso, entre los nuestros, Rosario Castellanos se sirvió del humor y la ironía para establecer una comunicación con sus lectores, a los que siempre colocaba en un plano superior al que ella misma ocupaba dentro de su propio texto.

¹ La lectura se llevó a cabo en la Casa de las Humanidades el 22 de junio de 2007. Dolores Castro, perfectamente lúcida a los 84 años, respondió a mis preguntas sobre Rosario Castellanos.

Por ejemplo, cuando a Rosario se le presentaba algún contratiempo doméstico, el humor le daba la libertad necesaria para decidir si el problema era ridículo y, una vez establecido esto, el incidente se convertía en materia prima para una reflexión poética llena de ironía. De ahí surgió “Autorretrato”,² aquel memorable poema donde dice que ella tiene el mecanismo del llanto descompuesto, ya que no llora ante la ocasión sublime o la catástrofe, sino cuando se le quema el arroz o se le pierde el último recibo del predial.

Este mismo recurso, el de disparar la flecha de la ironía hacia ella misma, es el que usa en un artículo periodístico enviado a *Excelsior* desde Tel Aviv. Ahí Rosario dice que también teme tener desajustado el mecanismo que regula el corazón de una madre, ya que al pensar en su hijo Gabriel:

Automáticamente (a mí) se me hacen unas grandes ojeras de actriz de cine mudo y con las dos manos sobre el pecho trato de apaciguar los sobresaltos de mi corazón. [...] ¡el corazón de una madre! Que todo lo adivina, que todo lo prevé. Qué raro. El mío ha de tener algún defecto de fábrica porque ni adivino ni preveo nada.³

En los fragmentos citados más arriba, de la clásica pareja cómica formada por *Alazon*, el falso sabio, y *Eiron*, el falso tonto, Rosario Castellanos elegía, sin falsa modestia, al falso ignorante para dirigir sus ironías contra su propia persona. En “Autorretrato”, ella no llora porque la situación lo amerite, sino porque tiene “descompuesto” el mecanismo que sirve para detener o dejar salir las lágrimas. En el segundo ejemplo citado, es su corazón de madre el que debe estar defectuoso porque ella se sobresalta sin necesidad. Quizás de esta manera Rosario se defendía de quien la acusara de exagerada.

Basada en la idea de que nadie es el único y auténtico poseedor de la verdad —y ella menos que nadie— Rosario Castellanos usa la ironía para cuestionar las verdades establecidas por la tradición o la costumbre. Ella pensaba que era difícil tragarse lo que fuera sin la sal gorda de la ironía. Y no sólo fue autocrítica, sino que fue autocrítica con sentido del humor, cosa bastante rara en el México que le tocó vivir, que era muy jerárquico, muy de escalafones, muy de respeto a las instituciones, muy de hombres.

Poemas como “Pasaporte”, en el que la autora responde a un supuesto cuestionario que indaga en qué consistía su oficio de escritora, es otra buena muestra de que le gustaba jugar al Eiron, o falso tonto:

¿Mujer de ideas? No, nunca he tenido una.
Jamás repetí otras (por pudor o por fallas
nemotécnicas):

² Rosario Castellanos, *Mujer que sabe latín...* México, FCE, 1992.

³ María Teresa Gómez Gleason, “Rosario Castellanos”, en *Escritoras mexicanas vistas por escritoras mexicanas*. México, Representación en México de la Asociación de Literatura Femenina Hispánica Internacional/Depto. Lenguas Modernas e Instituto Estudios Étnicos Universidad de Nebraska-Lincoln, 1997, pp. 44-54.

¿Mujer de acción? Tampoco.
 [...] Mujer, pues, de palabra.
 No, de palabra no. Pero sí de palabras.
 [...] Pero si es necesaria una
 definición para el papel de
 identidad, apunte
 que soy mujer de buenas intenciones
 que he pavimentado
 el camino directo y fácil al infierno.⁴

La vida pública y privada de Rosario Castellanos —dicen los que la conocieron bien— estuvo caracterizada por una visión muy crítica de las cosas que, por supuesto, se extendía hacia su obra y también hacia su propia persona. Pareciera que ella se hubiera impuesto seguir al pie de la letra un nuevo proverbio que dijera: “la ironía comienza en casa”.

Por mi parte, yo lamento mucho no haberla conocido personalmente, pero me la puedo imaginar como una joven estudiante de esta Facultad, no muy alta, no muy segura, no muy bien avenida con su madre,⁵ pero sabiéndose —eso sí— muy inteligente. “Una de las mujeres más inteligentes de México”, recordó su amiga Dolores Castro en la citada lectura.

Al llegar de Comitán a la ciudad de México, es en la Facultad de Filosofía y Letras donde Rosario Castellanos recibe su primera gran influencia de un sinnúmero de lecturas y amistades, como la ya mencionada de Dolores Castro.

Los miembros de la generación del 50, a la que pertenecía Rosario, tienen su origen común de la Facultad de Filosofía y Letras cuando ésta ocupaba el viejo edificio de Mascarones. Varios vienen de provincia y empiezan a publicar en la *Revista de América* o en los escasos suplementos culturales de entonces. La mayoría se reunían y se leían unos a otros en cafés o en casas particulares, donde podían encontrarse Rosario Castellanos y Jaime Sabines, ambos venidos de Chiapas, Jorge Hernández Campos, Miguel Guardia; los dramaturgos Sergio Magaña y Emilio Carballido; Ida Rodríguez Prampolini que ya había presentado su tesis de doctorado en historia del arte. Todos ellos tenían la intención de consagrarse a la cultura y profesionalizarse como escritores, aunque todavía ninguno tuviera ni la menor posibilidad de hacerlo. Rosario, por ejemplo, tenía entonces muchas tareas que atender, entre las que se contaba el desarrollo del teatro guiñol en Chiapas.

Además, Rosario formaba parte de un grupo de poetas que se conoció como el “Grupo de los ocho”, en el que ella y Dolores Castro eran las dos únicas mujeres que asistían a las reuniones para leer sus poesías y escuchar las de los demás.

⁴ R. Castellanos, *Poesía no eres tú*. [México, FCE], 2006, p. 339.

⁵ Aunque no lo dice textualmente, está implícito en el estudio psicoanalítico que la doctora María Estela Franco publicó con el título de *Rosario Castellanos. Otro modo de ser humano y libre. Semblanza psicoanalítica*. México, Plaza y Valdés, 1994.

Como buena poeta, Rosario Castellanos poco a poco fue desarrollando la capacidad de decir mucho con una sola palabra, exacta, precisa. Tenía una forma muy simple de decir que no, un no rotundo, que desarmaba a cualquiera que trataba de presionarla. Después de escuchar atentamente todos los argumentos que le presentaban para convencerla de algo que no quería hacer, con una sonrisa decía: “Pues fíjese que no” y daba por terminada la conversación.

Su prosa estuvo también salpicada de ironías que, aunque no cualquier lector pudiera celebrar, las más de las veces daban en el clavo. Recuerdo haber escuchado en Radio UNAM (6 de junio de 2006) una entrevista con su hijo Gabriel Guerra Castellanos, en la que éste dijo que incluso en los momentos más complicados y difíciles, ante los temas más enredados, su madre ponía una buena dosis de humor, muchas veces muy ácido, y conservaba la rara capacidad de reírse de sí misma. Sus observaciones —continuó Gabriel— siempre hacían bien, daban una buena sacudida con mucho de ironía, una pizca de sarcasmo y un gran sentido del humor.

Tres son las preocupaciones fundamentales que marcaron la vida y la obra de Rosario Castellanos: su vocación de escritora, la situación de la mujer en México y en el mundo, y el dolor del amor no correspondido. Para darles una salida vital, la escritora convirtió esas preocupaciones en temas de su literatura.

Uno. Tenía una clara conciencia de su vocación de escritora: “Voy a matarme de trabajo pero voy a ser escritora”, escribe en alguna de sus *Cartas a Ricardo*.⁶ Y en otra, que llega a México desde Madison, Wisconsin, Rosario dice:

Me doy cuenta de que lo único que estoy haciendo es sacar el bulto a mi verdadero problema, al que tengo que enfrentar ahora sin ningún paliativo y sin ningún pretexto: ¿Soy o no soy escritora? ¿Puedo escribir? ¿Qué?

Como preparar las clases me lleva mucho tiempo, voy a dedicar los fines de semana a eso, en serio. A ver qué pasa. Si no lo soy no me voy a morir por eso.⁷

Este fragmento pertenece a una carta fechada en 1966, cuando Rosario Castellanos ya había escrito y publicado la trilogía indigenista más importante de la literatura mexicana, además del libro de cuentos *Los convidados de agosto* (1964) y ocho poemarios. En 1961 había recibido el premio Villaurrutia y había tenido dos becas como escritora: la del Centro Mexicano de Escritores en México y la Rockefeller, en Estados Unidos.

¿Cómo es posible, entonces, que Rosario Castellanos se pregunte si es o no es escritora? Elena Poniatowska, que la conoció bien, se conmueve⁸ de que nunca, ni en las peores circunstancias, ni en los momentos más terribles de su vida, haya eludido ninguna de sus tareas: Sentarse frente a su mesa a escribir, ir a trabajar a su oficina del décimo piso de la Torre de la Rectoría, dar sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras o impartir una conferencia a la que se había comprometido. Y yo creo que todas

⁶ R. Castellanos, *Cartas a Ricardo*. Pról. de Elena Poniatowska. México, Conaculta, 1994.

⁷ *Ibid.*, pp. 11-24.

⁸ *Ibid.*, p. 19.

las mujeres que damos o tomamos clases en esta facultad, nos sorprendemos de que una colega con tal sentido de responsabilidad y capaz de una disciplina tan estricta, no haya podido valorar sus realizaciones como mujer y como escritora. Tal parece que, a pesar de que usaba el humor como escudo y la ironía como arma, durante toda su vida sufrió de lo que hoy se ha dado en llamar baja autoestima, un tema que ha producido montañas de libros de autoayuda, sin que hasta la fecha hayan demostrado su eficacia y, menos aún, sin que se sepa que de haber existido podrían haberse aplicado a una mujer de una cultura tan amplia como la autora de *Balún Canán*.

Dos. Rosario Castellanos exploró lo que significa ser mujer; cuestionó, en serio y en broma, los papeles históricos otorgados a las mujeres y criticó las restricciones sociales impuestas a ellas por los hombres. Si esto sucedía con las mujeres de todas las clases sociales en México y en todo el mundo ¿qué no pasaría con las mujeres indígenas de Chiapas? Ellas son víctimas de una doble discriminación, la misma que padecen el resto de los mexicanos indígenas y la que les impone su propia condición de mujeres dentro de sus comunidades. Nuestra escritora lo sabía desde muy pequeña porque lo había vivido junto a su nana en Comitán. Más tarde percibió la misma marginación cuando trabajó en el Centro Coordinador de la zona tzeltal-tzotzil y escribió teatro guiñol para alfabetizar a los niños indígenas chiapanecos.

Lo que hace Rosario Castellanos en la trilogía indigenista: *Balún Canán* (1957),⁹ *Oficio de tinieblas* (1962) y *Ciudad real* (1960), es tratar de humanizar al indígena. Es decir, entiende que deshumanizarlo es una de las prácticas racistas de la que no estuvieron exentos en Comitán ni su propia familia, la de los Castellanos, ni la de los Domínguez; como tampoco estamos exentos los habitantes de la ciudad de México y los de las otras grandes ciudades de la República Mexicana.

Rosario supo ver la forma de volver humano el sufrimiento de los indígenas. Entendió la manera de sublimar en su literatura la rebeldía que le provocaba pertenecer a uno de esos entramados de familias que soportan con un silencio apenas mortificado la crueldad contra los indígenas. Desde niña se va rebelando contra a la situación que privilegia a los blancos y abusa de los indios en Chiapas y, cuando descubre su deseo de dedicarse por completo a las letras, entiende que el deber literario para ella es lo principal. Se aboca entonces a la tarea de que su literatura represente a esos indígenas que hasta el momento no habían sido vistos más que como sombras borrosas en el cine o en la canción—, como lo que son: seres humanos cuyas demandas son justas y cuya incorporación al país es necesaria.

Para Elena Poniatowska, Rosario Castellanos es una precursora del feminismo en México. Desde que estaba en la Facultad de Filosofía y Letras, Rosario había ido desarrollando una observación crítica del significado de ser mujer en México y de la

⁹ En el mismo año de 1957, aparecieron otras dos obras importantes para la literatura hispanoamericana: *Recados contando a Chile*, de Gabriela Mistral (selec. y pról. de Alfonso M. Escudero. Santiago, Editorial del Pacífico, 1957) y *Manual de zoología fantástica* de Jorge Luis Borges (México, FCE, 1987).

escasa autoridad intelectual concedida a las mujeres en nuestro país y en el mundo. Temas a los que en 1950 había dedicado la tesis “Sobre cultura femenina”, con la que a los 25 años obtuvo el grado de Maestra en Filosofía, por la Universidad Nacional Autónoma de México.¹⁰

Rosario no tuvo que emprender los actos temerarios de las sufragistas, que seguramente fueron indispensables en su época, porque el tipo de rechazo que la mujer encuentra en la sociedad fue haciéndose cada vez más sutil. Pero el tema de la discriminación y de la marginación siempre fue para Rosario Castellanos muy importante y se topó no sólo con los casos de Chiapas, sino también con el papel secundario al que estaba relegada la mujer en prácticamente todas las facetas de la vida en la ciudad de México. Es importante destacar que ella abordaba el tema feminista más desde el punto de vista de la academia que del de la política. Rosario nunca convirtió la fama que iba ganando como escritora para pregonar desde ahí el feminismo, sino que desde que era estudiante se mantuvo muy cerca de los temas que lo habían originado y que ella no dejaba de observar: las pequeñas marginaciones cotidianas que ocurrían en la ciudad, las grandes discriminaciones que sufrían las mujeres indígenas en Chiapas.

Como es bien sabido, Rosario Castellanos incursionó en todos los géneros literarios y puede decirse que, el conjunto de su obra, desbordó el canon de la escritura de mujeres mexicanas en la primera mitad del siglo XX.¹¹ Pero donde ejercita su humor más agudo y continuamente hace uso del recurso irónico es en la farsa *El eterno femenino*. Es autora también de innumerables artículos periodísticos que a lo largo de doce años se publicaron en *Excelsior*, a donde fue invitada a colaborar en la página editorial por Julio Scherer. Ahí aprendió nuestra Rosario que para ser periodista, además de la práctica se necesita un don, un don tan grande como el del escritor. Ella también lo tenía.

Las necesidades expresivas de Rosario Castellanos la llevaron de la poesía a la novela, pero el ensayo fue un tránsito lógico al que llegó de manera natural a partir de la tesis que para obtener el grado de maestría en filosofía presentó en 1950 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

A partir de entonces se aficiona al ensayo. En este género recibe la influencia de Virginia Woolf, a través de su libro *Un cuarto propio*, donde encuentra una idea que la sedujo de inmediato: la idea de que la mujer que quiera ejercer su vocación de escritora necesita, en primer lugar, conseguirse un cuarto propio que la aisle de las contingencias de la atención al hogar. Desde entonces, para ella el ensayo será básicamente una reflexión sobre los procesos creativos.

Aunque en la mayoría de los textos que forman la obra en prosa de Rosario Castellanos se encuentran destellos de humor, me referiré aquí solamente a algunos de los

¹⁰ En febrero de 2005, para conmemorar los 80 años de Rosario Castellanos, el Fondo de Cultura Económica publicó *Sobre cultura femenina*, la tesis original presentada en 1950 en la Facultad de Filosofía y Letras. (R. Castellanos, *Sobre cultura femenina*. México, FCE, 2005.)

¹¹ Luz Elena Zamudio y Margarita Tapia, *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. México, ITESM/Fonca, 2006.

ensayos sobre la mujer, el feminismo y algunas escritoras del siglo XX, reunidos en *Mujer que sabe latín...*,¹² salpicado desde el título de ironías y buen humor y su obra más interesante como ensayista.

El título, elegido por la escritora con su acostumbrada ironía, hace referencia al famoso refrán “mujer que sabe latín ni tiene marido ni tiene buen fin”. Ese refrán viene de siglos atrás, cuando los padres impedían a sus hijas estudiar temiendo que si se convertían en unas marisabidillas nadie las iba a querer en matrimonio y ellos —sus padres— tendrían que mantenerlas hasta el fin de sus días.¹³ Por eso Rosario Castellanos tituló así su libro, para poner en tela de juicio esa creencia y demostrar que sí había mujeres que precisamente por saber latín, y no a pesar de ello, tenían una profesión que les permitía ser independientes económicamente y, en el caso de que así lo desearan, podían tener no solamente un marido sino muchos amigos.

Mujer que sabe latín... reúne ensayos sobre varias mujeres sobresalientes en el mundo intelectual del siglo XX, como Virginia Woolf, Doris Lessing, Silvina Ocampo, Ulalume González de León, María Luisa Bombal, por mencionar sólo unas cuantas. Llama la atención que en 1973, la escritora mexicana hubiera dedicado uno de sus ensayos a Simone Weil, cuando muy pocos sabían en México quién era esta filósofa existencialista y mística, muerta a los 34 años, y cuyo legado está ahora siendo recuperado con la reciente publicación en España de sus poemas inéditos y sus escritos históricos y políticos.

En el ensayo “Si poesía no eres tú entonces ¿qué?”,¹⁴ título que se sale de los estrictos marcos que prescribe la academia y muestra la libertad de su autora para escribir con humor y sinceridad, afirma que mediante la risa, primer testimonio de la libertad, se ha sentido tan libre como para iniciar un diálogo —al tú por tú— con los hombres más honrados, es decir, con los otros escritores. En ese diálogo, la maestra Castellanos insiste en otro de los temas que también la preocuparon a lo largo de toda su vida como escritora, el ya mencionado de la escasa autoridad intelectual concedida a las mujeres en México y en el mundo. Si un hombre y una mujer realizan el mismo trabajo, en principio, tendrían derecho a hablarse “al tú por tú”: “¿Falta de respeto? ¿Carencia de cultura si cultura es lo que definió Ortega como sentido de las jerarquías? Puede ser. Pero concedámonos el beneficio de la duda. Y dejemos que el lector-cómplice se tome el trabajo de elaborar otra hipótesis, otras interpretaciones”.¹⁵

Tres. Rosario Castellanos sufrió el dolor que conlleva el apego amoroso porque durante muchos años estuvo convencida de que no podría vivir sin que su amado le correspondiera con la misma entrega con la que ella lo amaba. Cosa que, al menos, en

¹² R. Castellanos, *Mujer que sabe latín...*

¹³ Según me informa una colega de Madrid, actualmente en España “saber latín” todavía se utiliza como aviso de precaución con las mujeres. Cuando un hombre dice “ésa sabe latín” es una alerta para que sus compañeros se anden con cuidado porque esa mujer podría reclamar sus derechos.

¹⁴ R. Castellanos, *Mujer que sabe latín...* p. 207.

¹⁵ *Idem.*

las 102 cartas reunidas en el volumen *Cartas a Ricardo*,¹⁶ no se ve que llegara a ocurrir. Pese a todo, las misivas que Rosario Castellanos le dirige al objeto de su amor tienen destellos de humor y la ironía no falta en ellas, como cuando dice: “le escribiré mucho sin esperar a que lleguen sus respuestas”. Y añade: “Si usted quiere, haga lo mismo”.

Al apego que sentía por el hombre amado le impidió verlo y aceptarlo como realmente era. Mientras no lo tuvo, pensaba que si algún día él correspondía a su amor, su felicidad sería completa, duradera y permanente. Pero, como ocurre muchas veces, cuando finalmente tuvo al objeto de su deseo, el temor de perderlo la sobrepasó y fue tan infeliz como cuando no lo tenía.

Frecuentemente permitía que la dominaran pensamientos autodestructivos y, cuando todavía creía que la química podría ordenarle el caos en el que de pronto se le convertía el mundo, se aficionó al “Valium 10”.¹⁷ Gracias a su devastadora autoironía pudo dejarnos un testimonio de esa etapa de su vida en el poema titulado con el nombre de las pastillas que todas las noches tomaba:

El día se convierte en una sucesión
de hechos incoherentes, de funciones
que vas desempeñando por inercia y por hábito.
Y lo vives. Y dictas el oficio
a quienes corresponde. Y das la clase
lo mismo a los alumnos inscritos que al oyente.
[...] Y no puedes
dormir si no destapas
el frasco de pastillas y si no tragas una
en la que se condensa,
químicamente pura, la ordenación del mundo.¹⁸

Antes, nuestra poeta ya había experimentado la pena terrible de la pérdida amorosa, que dejó plasmada con toda la fuerza de su dolor en la *Lamentación de Dido*, su primer poema importante que escribe en 1957. Según ha dicho Monsiváis, este poema, en el que el humor está ausente para dar paso a una enorme tristeza, tiene un perfil elegíaco que viene en cierto sentido de la Biblia y del Cantar de los Cantares. En cambio, según afirma Elena Poniatowska en el prólogo a las *Cartas a Ricardo*, José Joaquín Blanco al leer las reflexiones poéticas de Castellanos “en torno al abandono, al desamor, al bien inalcanzable, al páramo inmenso, nos dice que es una plañidera”.

Más tarde, Rosario Castellanos —afirma Raúl Ortiz en la presentación de la farsa *El eterno femenino*¹⁹— se transforma en una nueva Dido que retorna al mundo de los

¹⁶ R. Castellanos, *Cartas a Ricardo*.

¹⁷ R. Castellanos, *Poesía no eres tú*, p. 305.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ R. Castellanos, *Mujer que sabe latín...*

vivos y concluye su famoso poema “Meditación en el umbral”, con unos versos que habrían de convertirse en el *leitmotiv* de su vida²⁰ y de su obra entera:

Debe haber otro modo...
Otro modo de ser humano y libre.
Otro modo de ser.²¹

Este deseo atraviesa toda la obra de Rosario Castellanos y lo desarrolló tanto en verso como en prosa y, más explícitamente, en sus ensayos.

Por último, quiero destacar dos momentos políticos importantes que tuvo Rosario Castellanos, y que ponen de manifiesto su profundo compromiso ético con México. El primero fue en 1966, cuando ella era jefa de Información y Prensa de la UNAM y trabajaba en el décimo piso de la Rectoría. Ahí observa —según Monsiváis— cómo se maquina desde el gobierno el complot contra el rector, cómo se prohija a unos cuantos vándalos que se amotinan e intentan humillar y vejar al doctor Ignacio Chávez. Rosario Castellanos elige mantener su compromiso ético y renuncia de inmediato.

El segundo fue en 1968, cuando la represión del 2 de octubre la incita a escribir el poema “Memorial de Tlatelolco”, del que recordamos un fragmento:

La oscuridad engendra la violencia
y la violencia pide oscuridad
para cuajar el crimen.
Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche
para que nadie viera la mano que empuñaba el arma
sólo su efecto de relámpago.²²

²⁰ Véase el estudio de la doctora María Estela Franco, *op. cit.*

²¹ R. Castellanos, *Poesía no eres tú*, p. 329.

²² *Ibid.*, p. 296.